

Los invitamos a compartir con nosotros el desafío que hemos asumido desde entonces: mantener y ampliar el espacio de diálogo alrededor de temas latinoamericanos en Bélgica, en vínculo estrecho con las asociaciones de latinoamericanistas europeos y con nuestros colegas latinoamericanos.

Cristóbal Colón y la palabra escrita.

Kristine Vanden Berghe

Université de Liège/ Université de Namur

La jornada anual de la Asociación Belga de Latinoamericanistas, organizada en la Universidad de Lieja el 12 de octubre de 2006, se inauguró con cuatro conferencias acerca de la importancia que reviste el signo escrito en el mundo de Cristóbal Colón y para la configuración del Almirante como personaje histórico y literario. De esta manera y al incluir las conferencias en las presentes actas de la jornada, LABEL quiso contribuir a las conmemoraciones organizadas con ocasión del quingentenario de la muerte de Colón.

La primera contribución, de Jorge Magasich Airola, demuestra de manera detallada en qué documentos el genovés Colón se basó para emprender sus viajes. Llama la atención la gran confianza de Colón en la letra escrita, pues textos de índole tan variada como el *Libro de los Reyes* y el *Libro de las maravillas* de Marco Polo son manejados por él como fuentes fiables de cuyas verdades no cabe dudar. Si Jorge Magasich Airola se interesa ante todo por los textos que preceden y hacen posible la conquista, Rita de Maeseneer estudia un texto que resulta de la empresa conquistadora al desentrañar cómo Pedro Mártir de Anglería en su primera *Década* construye su verdad culinaria sobre el Nuevo Mundo. Cabe recordar que el primer capítulo de dicho texto consta de un resumen del primer viaje de Colón. Robin Lefere y Diana Castilleja parten de una perspectiva que se distingue de las primeras dos y que es complementaria a éstas, pues analizan textos narrativos en los que varios escritores hispanoamericanos contemporáneos construyeron

imágenes literarias de Colón. De sus dos contribuciones se deduce que el genovés sigue siendo una fuente de inspiración artística y que continúa funcionando como punto de partida para reflexionar sobre la identidad de América Latina o del yo latinoamericano y autoral.

De esta manera, las cuatro contribuciones dejan constancia de distintos papeles que desempeña el signo escrito por lo que es del mundo de Colón, estímulo para viajar, instrumento para dar cuenta de manera periodística de lo que sucedió en regiones lejanas y exóticas, medio para intentar moldear *a posteriori* cierta imagen de Colón o proponer una determinada verdad sobre lo que pasó hace quinientos años en el llamado Nuevo Mundo.

Este texto introductorio no tiene otra pretensión que presentar brevemente algunos aspectos que serán tratados más a fondo en las contribuciones que siguen, y recordar al mismo tiempo otras facetas de la palabra que no han sido tratadas en ellas. Una de las más estudiadas en la actualidad es probablemente la de la traducción. Sabemos que Colón deseaba constantemente "tomar lengua" con los indígenas. El intérprete, "el piloto de la expedición una vez que se había puesto pie en tierra firme"¹ desempeñó un papel fundamental en la historia de la conquista, desde los primeros indios anónimos hasta la Malinche, hasta hace poco el símbolo de la gran traición en México.

Pero también, desde el momento en que se entabló la comunicación, se debía constantemente cuidar de utilizar la palabra correcta. Las instrucciones oficiales de Felipe II borraron del mapa léxico contemporáneo las palabras "conquista" y "conquistadores" a favor de "pacificación" y "pobladores".² Las numerosas discusiones en torno al vocabulario apropiado para referirse a la conquista, el descubrimiento o el encubrimiento prueban que el peso de las

¹ Jacques Lafaye, *Los conquistadores*. México, Siglo XXI, 1987, p.79.

² Jacques Lafaye, *Los conquistadores*, México, Siglo XXI, 1987, p.84.

palabras no es menos fuerte hoy. No olvidemos tampoco que la lengua española hablada hoy en día en Hispanoamérica sigue presentándose como producto de la Gran Violación: "Ahora mismo, que estamos discutiendo, que estoy discutiendo con esos colonizadores, de qué otra manera puedo hacerlo sino en una de sus lenguas, que es ya también nuestra lengua...?"¹

La conquista y la autoridad de la escritura.

Hernando, el hijo de Colón, recuerda que tres motivaciones estimularon a su padre a emprender su primer viaje: "las razones que movieron al Almirante al descubrimiento de las Indias, diré que fueron tres, a saber: los fundamentos naturales, la autoridad de los escritores y los indicios de los navegantes".² Como también señala Jorge Magasich Aírola, Colón sigue razonando en parte como un hombre de la edad media para quien los autores son autoridades y la palabra escrita es la verdad.

Es cierto también que Colón usó muchas veces las fuentes literarias para dar más peso y credibilidad a sus propias ideas. Según su hijo, para legitimar su convicción de que por fin encontró tierra firme, se apoyó no sólo en los signos naturales y en informantes indígenas sino también en "la autoridad de Esdras en el capítulo 8 del libro 4, que dice que de 7 partes de la esfera sólo una está cubierta de agua".³ Los textos de la mitología grecolatina, los bestiarios medievales, la Biblia y varios textos contemporáneos constituyen juntos el horizonte previo a la conquista. Como dice Todorov:

¹ Roberto Fernández Retamar, *Calibán. Apuntes sobre la cultura en nuestra América*, México, Diógenes, 1974, p.12.

² Hernando Colón, *Vida del almirante don Cristóbal Colón*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p.42.

³ Hernando Colón, *Vida del almirante don Cristóbal Colón*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p.228.

"¿Acaso Colón mismo no partió porque había leído el relato de Marco Polo?"¹ Estos textos anteriores a la empresa colombina no sólo estimularon su realización sino que también influenciaron su muy particular dinámica de observación y de verificación/argumentación. En su bello libro sobre las sirenas en la conquista, José Durand observa que el Almirante y sus compañeros veían y oían hablar sobre sirenas, perros que no ladran, hombres de un ojo, etc.: "por reminiscencias de sus lecturas, especialmente de Plinio y Marco Polo, Colón toma a los manatíes, en el mar, por sirenas".²

Por otro lado, los argumentos basados en los libros fueron utilizados cada vez que un fenómeno inexplicable trastornaba las previsiones, de manera que todo un viejo mundo de textos condicionaba la verificación de una realidad enteramente nueva. El diario de Colón muestra una y otra vez esta dialéctica de la confrontación entre un fenómeno inesperado y su explicación en base a una nota literaria. Es más, Colón pensaba saber de antemano lo que iba a encontrar durante su viaje. Su gran acervo de lecturas lo había preparado a cualquier tipo de (ir)realidad. El cuidado con el que Colón confronta las cosas a las palabras es más que una obsesión personal. Se lo debe considerar a la luz de una actitud simbolizante todavía medieval que tendía a hacer coincidir el signo con su referente. Dicha semiótica medieval explica también la constante preocupación por la justedad de las palabras; la palabra justa siendo la que traducía la realidad mediante una relación no arbitraria. Esta técnica simbolizante marca claramente el relato del tercer viaje, conocido en la transcripción de Bartolomé de las Casas: "siguiendo, pues, su camino el Almirante, llegó a las islas de Cabo Verde, las

¹ Tzvetan Todorov, *La conquista de América. La cuestión del otro*, México, Siglo XXI, 1987, p.23.

² José Durand, *Ocaso de Sirenas. Esplendor de Manatíes*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, p.27.

cuales, según él dize, tienen falso nombre, porque nunca vido cosa alguna verde, sino todas secas y estériles".¹

Esta misma preocupación por la relación adecuada entre signo y referente se deduce de una anécdota a propósito del término manatí. Los cronistas no podían aceptar que fuera simplemente una palabra caribe. Aludían, por lo tanto, a los brazos o "manitas" del animal para que su nombre no fuera fortuito.²

Los textos olvidados: la capitulación como condición previa de la empresa armada.

Aunque los documentos jurídicos hayan llamado menos la atención, en el ámbito de la conquista fueron tan indispensables como los otros textos. Mientras que éstos formaban la mente de los conquistadores, aquéllos permitían concretizar sus sueños.

Los conquistadores acostumbraban pedir una caución jurídica a los soberanos para que pudieran identificarse como tales y distinguirse de los piratas.³ Esta "capitulación" era un contrato de derecho público que legitimaba las expediciones españolas en el Nuevo Mundo; en este sentido era la condición indispensable de la expedición. A ella venían añadiéndose los pactos, los convenios y contratos ante escribanos públicos con los dueños de las naves, con los miembros de la tripulación, los comerciantes, los soldados, los dueños del ganado, etc. Además, el capitulante recibía una serie de salvoconductos y cartas de presentación para toda clase de

¹ Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes. Testamento*, ed. Consuelo Varela, Madrid, Alianza, 1986, p.250.

² José Durand, *Ocaso de Sirenas. Esplendor de Manatíes*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, p.145.

³ Jacques Lafaye, *Los conquistadores*, México, Siglo XXI, 1987, p.22.

autoridades.¹ Las bulas y los tratados internacionales constituían otros tantos expedientes administrativos.

Frecuentemente, la fe en los documentos oficiales era tan grande como la creencia en los otros textos. Así, incluso llegado a tierra americana, Colón seguía creyendo en los salvoconductos y las cartas de presentación. En Cuba, por ejemplo, "determinó el Almirante de llegar a aquel río y enviar un presente al rey de la tierra y enviarle la carta de los Reyes".² De hecho, la única vez que la carta en cuestión sirvió, fue cuando se llegó a tierra portuguesa, al regresar de un viaje. Allí hizo que la tripulación se librara de una declaración de guerra por parte del poder portugués local.

Hay otros indicios del peso de la letra jurídica en la pequeña sociedad española trasterrada: en el gobierno portátil con destino a "América" no faltaba nunca un escribano real. Siempre al pisar tierra desconocida, éste debía antes de todo tomar acta de la hazaña de Colón: "El Almirante llamó a los dos capitanos y a los demás que saltaron en tierra, y a Rodrigo d'Escobedo escribano de todo el armada, testimonio como él por ante todos tomava".³

La empresa armada como empresa de cronistas.

Varios de los conquistadores más importantes tenían al mismo tiempo vocación de escribir. Como observa Rita de Maeseneer, sus textos fueron en su mayor parte transitivos, ya que tenían un carácter directamente utilitario y un interlocutor explícito. Colón escribe para

¹ Rafael Diego Fernández, *Capitulaciones Colombinas (1492-1506)*, México, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1987, p.68.

² Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes. Testamento*, ed. Consuelo Varela, Madrid, Alianza, 1986, p.85.

³ Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes. Testamento*, ed. Consuelo Varela, Madrid, Alianza, 1986, p.62.

dar cuenta de su empresa a los Reyes Católicos, Cortés para justificar su disidencia y ganar una autoridad que sólo Isabel y Fernando le pueden conferir, el soldado raso Bernal Díaz del Castillo escribe contra Cortés y su cronista personal Gómara porque "toda la honra y prez...la dio sólo al marqués don Hernando Cortés".¹

Como se ve, muchos de estos textos se caracterizan por una transitividad negativa: se escribe para refutar al otro, para recriminar el poder colonizador o para justificar la conducta propia cuando ésta sale del marco jurídico existente. La divisa de las mil y una noches "Cuenta o muere" se ve ligeramente dulcificada: la letra del conquistador obedece a la lógica de "escribe o pierde tu legitimidad". Entre todos esos conquistadores-escribidos parece sin embargo ser el Almirante quien redobló los esfuerzos para combinar el oficio de soldado con el de letrado.

Por eso, si el propósito de Pío Nono y de León Tercero de beatificar a Colón se hubiera realizado, se veneraría ahora quizás la imagen de un beato con una aguja de navegar en una mano y una pluma en la otra. En efecto, Colón escribió que le preocupaba "escribir todo este viaje muy puntualmente, de día en día todo lo que yo hiziese y viese passasse, como adelante se veirá".² El objetivo de estos diarios consistía al mismo tiempo en mantener informados a sus "naturales señores" y en apuntar la ruta de navegación. Además, los escribía con miras a una posteridad a la cual su historia podría interesar y que debía acordarse de él.

Colón trató de cumplir su promesa de exhaustividad en la medida de lo posible. El trabajo de constante vigilia, la exposición de sus ojos a los rayos del sol durante el día y a la luz de la vela por la

¹ Jacques Lafaye, *Los conquistadores*, México, Siglo XXI, 1987, p.98.

² Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes. Testamento*, ed. Consuelo Varela, Madrid, Alianza, 1986, p.45.

noche, así como los múltiples problemas enfrentados durante los viajes, marcaron el cuerpo del Almirante: "avía adolecido por el desvelar de los ojos".¹ No debe sorprender por tanto que el agotamiento físico del marino haya causado algunas interrupciones en el largo diario.

No obstante, estas interrupciones no son la única causa del **parcial desconocimiento del texto de Colón**. Los problemas de censura, de traducción y de ilegibilidad multiplicaron los vacíos. Como se sabe, ninguno de los diarios de Colón se ha conservado en su original colombino y el relato del segundo viaje es incluso desconocido. Las relaciones del primer y tercer viaje, por otro lado, nos han llegado copiadas por Bartolomé de las Casas, adaptadas al punto de vista del padre quien señala en varias ocasiones la dificultad de descifrar la letra de Colón: "si no está mentirosa la letra"² y "si no está corrupta la letra de donde trasladé esto".³ Con todo, los textos colombinos llegaron de manera sorprendente a desafiar el tiempo y vencer las múltiples trabas que siempre se les ha puesto.

Por lo menos tan significativo como estas tribulaciones es el peso que el propio Colón atribuye a la escritura. Su diario está imbuido de la conciencia del vínculo entre poder y palabra escrita. Al que se la apropia, la escritura confiere la legitimidad de interpretar y ordenar el universo que lo rodea. Este poder casi divino le es arrebatado a Colón el día en que lo llevan preso en el tercer viaje. Su enemigo Bobadilla lo aísla "poniéndole grillos y buena guardia; y mandando, bajo gravísimas penas, que nadie hablase cosa alguna de

¹ Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes. Testamento*, ed. Consuelo Varela, Madrid, Alianza, 1986, p.234.

² Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes. Testamento*, ed. Consuelo Varela, Madrid, Alianza, 1986, p.59.

³ Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes. Testamento*, ed. Consuelo Varela, Madrid, Alianza, 1986, p.85.

ellos".¹ Las cadenas parecen más que todo simbólicas: al desnudarlo y al atarle las manos con grillos, a Colón se le priva de dos atributos fundamentales para el comportamiento simbólico del hombre: el vestido y la letra. La imposibilidad de escribir significa pues, en última instancia, la pérdida de todo poder.

La empresa de cronistas: una historia de secretos.

La historia de la conquista como historia del poder es, por su misma índole elitista, también una historia de secretos. Uno de los más fervientes cazadores y guardianes de todo lo cerrado y prohibido fue Cristóbal Colón. En los textos de la Conquista, el continente americano se compara a menudo con una virgen; después se dirá que ha sido violada por los conquistadores. Es una de las numerosas imágenes características del paradigma apertura/cierre que es recurrente también los diarios colombinos. Cuando, en el diario del cuarto viaje, Colón relata cómo Dios lo anima y le reprocha su falta de fe, escribe: "De los atamientos de la mar Occéano, que estaban cerrados con cadenas tan fuertes, te dio las llaves".² En su propia conciencia pero también en las descripciones que hacen de él algunos historiadores, Colón aparece bajo la forma de un San Pedro del Nuevo Mundo.

Como tal, no sólo abre puertas hacia secretos ajenos sino que esconde celosamente su propia llave maestra para escapar a toda forma de competencia. Infatigable cazador de secretos ajenos, Colón es simultáneamente guardián de los propios. Hasta dónde puede llegar la exclusividad de la verdadera escritura, lo demuestra mejor

¹ Hernando Colón, *Vida del almirante don Cristóbal Colón*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p.262.

² Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes. Testamento*, ed. Consuelo Varela, Madrid, Alianza, 1986, p.287.

que nada el doble relato simultáneo del primer viaje. La primera descripción contiene lo que Colón consideraba como la verdad, mientras que la segunda relación paralela integra deformaciones de la verdad. El destinatario de esta última era la tripulación. De hecho, se trataba sobre todo de disimular la verdadera distancia que se recorría en el mar para no asustar a los viajeros. Su hijo lo dice: "Pero el Almirante, como se ha dicho, disimulaba y transigía con el error, para que la gente no desmayara más viéndose tan lejos".¹

Aparte de que Colón intentaba disimular sobre la lejanía de las islas encontradas, también quería guardar el secreto sobre la ruta que conducía a ellas. Desde el segundo viaje entregó a cada navío un pliego con informaciones sobre el rumbo que se tenía que seguir. La instrucción de uso era que sólo se podía abrir en caso de gran necesidad. El pliego estaba cerrado y el sello funcionaba como uno de los atributos que servían -a menudo sólo simbólicamente- para salvaguardar el Secreto. **Cuanto más importante era éste, más precauciones había.** Así, la misiva colombina mandada a los Reyes Católicos en medio de la tormenta estaba escondida dentro de un barril, envuelta en una "torta u hogaza de cera".² Dentro del laberinto se encontraba la escritura. De esta manera, todo se vuelve cerradura: telas, barriles e incluso la propia nave, utilizada como cofre por el rebelde Bernal de Pisa quien había "escrito algunas cosas falsas contra el Almirante, las que había escondido en cierto lugar del navío".³

La escritura es más que un juego de escondite: su identificación con el poder es tan absoluta que incluso en los momentos más

¹ Hernando Colón, *Vida del almirante don Cristóbal Colón*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p.86.

² Hernando Colón, *Vida del almirante don Cristóbal Colón*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p.143.

³ Hernando Colón, *Vida del almirante don Cristóbal Colón*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p.156

difíciles el Almirante no la quiere delegar. Cuando sus ojos se le ensangrentan por el continuo desvelo "se veía obligado a anotar la mayor parte de estas cosas por la relación de los marineros y pilotos que con él iban".¹ Ya que no quería compartir su poder, su secreto, se negaba a confiar su pluma a otro.

El secreto de la escritura como superioridad y sus particularidades en las sociedades indígenas.

Si bien las escrituras indígenas se encontraban en distintas etapas evolutivas en el momento de la conquista - los incas comunicaban mediante un ingenioso sistema de nudos, los quipus, los aztecas conocían la escritura jeroglífica y los mayas habían llegado a los umbrales de la escritura fonológica-, las cartas reales que avalaban la empresa colombina no venían al caso en el Nuevo Mundo. Pronto los conquistadores se dieron cuenta de eso. Además, en opinión de Hernando Colón, el papel y la pluma se consideraban como instrumentos de hechicería en las tierras recién conquistadas.² Por su parte, llenos de desconfianza frente a los diferentes modos de simbolización en las sociedades indígenas, los europeos se valían de varios estereotipos de su imaginario para recuperar al indio en un mundo familiar: lo asociaban con la barbarie y, por otro lado, con Adán.

En primer lugar, la ausencia de la letra tal y como la conocían los europeos remite, en la ideología del conquistador, inevitablemente a un primitivismo bárbaro. Junto con la falta de dinero, armas y ropa, su ausencia fue interpretada como carencia de un comportamiento

¹ Hernando Colón, *Vida del almirante don Cristóbal Colón*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p.229.

² Hernando Colón, *Vida del almirante don Cristóbal Colón*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p.281.

simbólico humano. La segunda imagen, aunque muy distinta, se basa en un razonamiento semejante: la ausencia de estos atributos mediatizadores remite a una comunicación directa con el mundo. Hasta donde lo pueden observar los conquistadores, esta comunicación se entabla sobre todo por los sentidos. Así, Colón anota que "todo cuanto les davan de Castilla lo oían luego que se lo davan".¹ La convivencia armoniosa del indígena con el ecosistema que lo rodeaba evocaba directamente reminiscencias bíblicas como la de Adán antes de su caída.

En esta ambigua pareja de imágenes del bárbaro frente al hombre edénico, muchas veces la primera ha prevalecido. También ha determinado la distancia impuesta por el europeo entre el indígena y la letra: mientras que el poder colonizador prohibió por mucho tiempo que los indígenas se familiarizaran con la escritura, firmó el cuerpo de los indígenas como un documento en signo de propiedad. Antes de la conquista, el cuerpo del indígena era un signo sobredeterminado. La pintura-escritura corporal formaba parte de un simbolismo ritual que integraba al hombre en el sistema ecológico que lo rodeaba. Después de la conquista, los letrados de hierro del rey marcaron el cuerpo del indio-esclavo, sustituyéndose de esta manera al signo ritual existente. Como dijo Vasco de Quiroga, gran defensor de los indios, "la cara del hombre que fue criado a imagen de Dios, se ha tomado en esta tierra, por nuestros pecados, papel".² Mientras que la pintura estrechaba la relación del indígena con su entorno natural, el hierro lo excluía de la sociedad humana y lo coseificaba, transformándolo en propiedad del europeo quien ejercía el poder de su escritura directamente sobre el cuerpo indígena.

¹ Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes. Testamento*, ed. Consuelo Varela, Madrid, Alianza, 1986, p.262.

² Tzvetan Todorov, *La conquista de América. La cuestión del otro*, México, Siglo XXI, 1987, p.148.

Por otro lado, durante muchas décadas la pluma le será negada al indígena. Tal y como Colón había reclamado el monopolio de la escritura, del secreto y del poder en los primeros viajes de la colonización, los conquistadores y colonos posteriores trataron de guardar ese mismo poder en el seno de su propia raza o comunidad. A la par que destruyeron la letra del demonio en los manuscritos precolombinos, las autoridades coloniales hicieron lo posible por impedir la emancipación y la integración de los indígenas mediante la letra. La alfabetización, como en el colegio indígena de Tlatelolco en México, fue primero dificultada y luego prohibida.

Fruto de una intrincada red de textos de toda índole, la Conquista originó a su vez una asombrosa cantidad de comentarios escritos. El primer cronista-tesorero de las maravillas del Nuevo Mundo fue Colón. Sin embargo, aún siendo muy celoso de la exclusividad de sus escritos, el Almirante confiesa la impotencia del escritor individual frente al exceso de las bellezas encontradas: "no podría mi lengua decir toda la verdad, ni mi mano describirla (...) Pero ahora callo, deseando que ésta la vean otros que quieran escribir de ella".¹ Por lo menos este deseo del Almirante ha sido satisfecho ya que en los quinientos años que siguieron a su muerte en 1506 se ha tejido un inmenso discurso en torno al tema.

Pero Colón hubiera sin duda sido escandalizado por muchos de **esos comentarios**. Las contribuciones de Robin Lefere y Diana Castilleja demuestran e ilustran que los cronistas y los escritores latinoamericanos contemporáneos han venido configurando una amplia galería de retratos de los conquistadores y de Colón que, aparte de ser contradictorios, casi siempre son polémicos. Las

¹ Hernando Colón, *Vida del almirante don Cristóbal Colón*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p.105.

descripciones a veces casi hagiográficas han sido abandonadas a favor de indagaciones más críticas en el pasado de América Latina a la par que la cuestión de la barbarie del indígena se ha trocado por otra sobre la humanidad del conquistador. "En este libro hablarán los vencidos", dice Miguel León-Portilla,¹ al introducir una recopilación de textos indígenas hasta mediados del siglo veinte poco conocidos. Gesto prolongado y radicalizado por Todorov quien no sólo le quiere devolver a la cultura indígena su propia palabra sino que también le regala la suya: "Dedico este libro a una mujer maya devorada por los perros" (s.p.,1987): la cuestión del poder por fin se empieza a acompañar por la del otro.

¹ Miguel León-Portilla, *El reverso de la conquista*, México, Joaquín Mortiz, 1964, p.7.

La gestación del proyecto de Cristóbal Colón

Jorge Magasich Airola

Institut des Hautes Etudes des Communications Sociales (IHECS)

A partir del siglo XIII, buena parte de los reinos europeos enfrentan dos problemas estructurales. Por una parte la escasez de metales preciosos, que dificulta la fabricación de moneda y frena el desarrollo del comercio, y por otra, la expansión otomana en Europa central se transforma en un serio obstáculo a los contactos comerciales entre las ciudades europeas y el lejano Oriente. El proyecto de Colón será una solución original a este encierro comercial.

Europa occidental aislada de las especias y del oro

Luego de la notable reactivación económica del siglo XIII, los reinos de Europa occidental requieren nuevamente piezas de metales preciosos para mantener el incremento de las transacciones. Sin embargo, los señores y monarcas que reinician la producción de monedas tropiezan con un obstáculo de talla: el viejo mundo carece dramáticamente de oro y plata y las relaciones con los lejanos proveedores musulmanes no son siempre las mejores. Los príncipes se ven entonces forzados a mezclar los raros metales preciosos con otros metales y con el correr del tiempo, la proporción de oro o plata no cesa de disminuir en beneficio de los otros componentes, resultando monedas depreciadas de baja ley.

Al mismo tiempo, la formidable expansión del imperio otomano, a comienzos del siglo XIV amenaza los vínculos comerciales que ciudades europeas, especialmente las repúblicas del norte de Italia